

La situación sociolingüística de México como marco de la condición indígena

ÓSCAR URIBE VILLEGAS

Esta comunicación es muy breve. Sigue la práctica de los lingüistas que —más que los sociólogos— aman la concisión. Es, también, preliminar y tentativa; más esbozo que conclusión. Se presenta en la sección del Congreso Latinoamericano de Sociología consagrado a los problemas indígenas porque para ella se nos invitó; pero tiende a mostrar que el problema sociolingüístico indígena es en México, un rezago sociocultural liquidable, mientras que la búsqueda de una internacionalización mayor del castellano es un deber sociocultural de nuestro tiempo, y la constitución de una terminología científica y de una fluidez en la comunicación científico-técnica, un apremio, para México y para el resto de los hispanoparlantes.

Trataremos de no perdernos en el detalle. Trataremos de captar los caracteres de las situaciones sociolingüísticas en los distintos continentes y las colocaremos a lo largo de tres ejes: comunicación interna, comunicación internacional y comunicación técnico-científica.

Para referirnos a la situación sociolingüística europea, conviene recordar la aportación del maestro noruego de la lingüística Alf Sommerfeldt. Él asienta que “la diferenciación lingüística de Europa es más aparente que real y tiende a ser puramente externa, pues las lenguas pequeñas copian la fraseología de las grandes y poderosas”.

A nivel nacional, quizás sea en los Estados europeos en los que la comunicación interna alcance nivel más alto. Incluso donde existe una lengua nacional y otra u otras no reconocidas como oficiales o donde se da reconocimiento oficial a dos o más lenguas, un bilingüismo amplio establece la comunicación deseable, aunque la misma no esté sociológicamente libre de tensiones. Como en otras situaciones de contacto sociolingüístico, son generalmente los hablantes de una de las lenguas quienes aprenden la otra del país (los lapones

aprenden noruego y no los noruegos lapón; los germanoparlantes suizos sienten inclinación por aprender francés, más que los franco-parlantes por aprender alemán) pero, en términos de efectividad de la comunicación interna, esta distinción es poco importante; cuenta sólo en el aspecto de desigualdad cultural de los grupos en presencia.

En términos de comunicación internacional, Europa es continente en el que se habla algunas de las lenguas más difundidas del mundo (el inglés, según número de hablantes; el español, por el número de Estados en que es idioma oficial; el francés que, tras breve eclipse, vuelve por sus fueros como lengua internacional y diplomática por excelencia; el alemán, como antiguo “esperanto de los eslavos” y el ruso que pugna por sustituirlo en esa función, y que cuenta a su favor con el hecho de ser fácilmente inteligible para los otros eslavoparlantes).

En el aspecto científico-técnico, Europa tiene la ventaja de que el moderno espíritu científico nació y se desarrolló en ella, y creció al par de sus lenguas. Actualmente, tiene la ventaja de contar entre sus lenguas a los tres idiomas en los que se publica la mayor parte de la producción científica y técnica mundial (inglés, francés y alemán) así como el cuarto que se les agrega (ruso) y diversas lenguas en las que se vierte más o menos rápidamente la producción más reciente (como el español y el italiano). A más de ello, por el hecho señalado por Sommerfeldt, la versión de un texto científico o técnico de uno a otro de los idiomas de Europa es *casi*, sustitución de algunas palabras por otras, ya que el vocabulario técnico procede, en mayoría, de las dos lenguas-madre del mundo clásico: latín y griego.

Uno de los pocos tropiezos que encuentra la comunicación europea se refiere al uso del abecedario latino, del alfabeto griego y de la escritura cirílica que hace que, por ejemplo, aparezcan más alejadas de lo que están en realidad las lenguas eslavas y el griego, de los restantes idiomas indoeuropeos de Europa. Aun en naciones como Finlandia y Hungría, de lengua no indoeuropea, la coexistencia con idiomas indoeuropeos (sueco en Finlandia) o la cercanía con otros indoeuropeos (rumano, para los húngaros de Transilvania; alemán, para los húngaros, en general) así como la apertura a las corrientes socioculturales europeas, aproxima a los mismos idiomas ugrofineses de esos países, a los indoeuropeos, de los que toman muchos términos técnico-científicos.

La influencia de un prolongado contacto entre lenguas se pone de manifiesto también en el hecho de que un idioma como el hebreo, originalmente semítico, tienda a parecerse cada vez más—según algunos especialistas autorizados— a los idiomas indoeuro-

peos con los que convivió el pueblo judío en la diáspora y de los que ha calcado modos expresivos —en algunos aspectos— al hacerlo resurgir de sus cenizas, para convertirlo en idioma oficial de Israel.

En Asia, el problema de la comunicación reviste caracteres de gravedad. En el Asia soviética es notable la dignificación de las lenguas nacionales y su reducción a la escritura o su reforma ortográfica, que permite una creciente comunicación interna, complementada con la comunicación interna de la unión, propiciada por la difusión creciente del ruso en cuanto segunda lengua. En Persia, en Paquistán, la comunicación interna no plantea serios problemas aun cuando existan en Irán, en Turquía, en Siria . . . grupos sociolingüísticamente diferentes que reivindican derechos de autodeterminación y de uso de su propia lengua, como los kurdos, actualmente en plena emergencia nacional.

En otros países asiáticos, como Malasia, el problema de la comunicación interna se plantea precisamente por su forma de constitución heterogénea; porque la misma respondió más a las necesidades de los antiguos colonizadores (de preservar sus intereses en la zona y “oponer un muro al comunismo”) que a las necesidades y deseos de los habitantes, algunos de los cuales tienen que volverse necesariamente hacia China, en tanto los de habla malaya ven hacia una Indonesia que ha logrado elevar a lengua oficial, como *bahasa indonesia*, la lengua franca de la zona: el malayo.

Pero el problema más grave de comunicación interna, en Asia, lo presentan las naciones renacientes: China y la India. China e India tienen grandes problemas de comunicación interna debido a la gran diferenciación dialectal y a la coexistencia de lenguas no sólo distintas sino de distintas familias lingüísticas. China está realizando ahora un esfuerzo gigantesco para resolver sus problemas de comunicación interna y de difusión del idioma común, incluso a través de una simplificación de la escritura que tropieza con la rémora de los letrados más deseosos de preservar el encanto tradicional que de facilitar la comunicación a millones de compatriotas. Desde el ángulo de la comunicación internacional, el chino permite, hasta cierto punto, una comunicación con otros pueblos de la zona, pero, desde el de la comunicación técnico-científica, eleva una especie de muralla a los avances de la civilización logrados en el resto del mundo. Con todo, también se realizan esfuerzos en este sentido, a través de la enseñanza del alfabeto latino y de las posibilidades que se avistan de que los chinos aprendan idiomas extranjeros y los extranjeros lleguen a aprender el chino, todo lo

cual facilitaría la modernización de China, como facilitó la de Japón.

El problema, en India (y en Ceilán) es tanto o más complejo que el de China pues, además de originarse en una diferenciación dialectal de un mismo idioma o de un grupo de idiomas estrechamente interrelacionados, procede, en el subcontinente, del hecho de que sus habitantes hablan idiomas completamente distintos que dificultan al extremo la misma comunicación interna a nivel nacional. El inglés, al que se ha otorgado un puesto en la situación de transición, no la asegura, y la pugna en torno a la imposición del hindi como lengua nacional no la facilita. Los anhelos de sanscritización de los idiomas actuales, sostenidos por la casta brahmánica, contribuyen a exacerbar los ánimos en torno al problema de la lengua. El inglés sigue siendo el medio que asegura la comunicación internacional en India y, hasta cierto punto, la comunicación técnico-científica; pero, la necesidad que hay de enseñar ciencia y técnica desde niveles inferiores al universitario, y de hacerlo en las lenguas vernáculas, ha planteado la necesidad de una terminología científica para la India y, en este ámbito, ha vuelto a plantear el problema del sánscrito en cuanto fuente de tecnicismos.

Asia, en su conjunto, tiene muchos menos medios y posibilidades de las que tiene disponibles Europa para la comunicación internacional entre sus diversos pueblos. La comunicabilidad técnico-científica en sus lenguas es prácticamente nula y las relaciones, en un nivel parecido, se establecen, en corta medida, en el aspecto religioso.

En África, al norte del Sahara, se presenta una situación que contrasta con la del sur del continente. Al norte del Sahara, el árabe asegura una amplia comunicación interna al nivel de las naciones. Tanto ahí como en el Cercano Oriente —sin embargo— la comunicación internacional se dificulta por el hecho de que el idioma tiene variantes que a veces son importantes. Aún así, las naciones árabes disponen de un medio de comunicación internacional que se complementa, en la mayoría de las del norte de África y en las del Levante, con el empleo de una segunda lengua de comunicación internacional (el francés principalmente, el inglés menos y, mucho menos, el alemán). Ese conocimiento —sin embargo— no es ni tan amplio ni tan profundo como el conocimiento que de ellos se tiene en Europa. En el aspecto técnico, las naciones situadas al norte del Sahara tienen que depender aún de las lenguas europeas ya mencionadas (francés, inglés, alemán).

Los problemas de la escritura también dificultan la más amplia comunicación tanto internacional como técnico-científica. Sin embargo, estas naciones han dado un paso adelante, al instituir Academias de la Lengua que se encargarán, entre otras cosas, de constituir el vocabulario técnico indispensable para las necesidades de la época.

Hacia el sur del Sahara, los problemas de comunicación alcanzan máxima gravedad. Los países aún se esfuerzan por salir del tribalismo y frecuentemente carecen incluso de medios efectivos de comunicación interna. Es verdad que muchos de ellos —incapaces de salvar en otra forma las disputas intertribales— han elegido como oficial una lengua de amplia comunicación internacional (francés, inglés) pero las capas que pueden hablar esta lengua son delgadas, reducidas. Es cierto también que en muchos de estos países hay *lenguas francas* que aseguran una comunicación capaz de superar la limitación tribal, pero, esas lenguas no logran tampoco la plena comunicación interna. En el dominio internacional, en el África subsahariana, la comunicación internacional es una aspiración y no una realidad. Los dirigentes africanos han visto en el ideal del panafricanismo la necesidad de que quienes tienen el inglés como oficial aprendan el francés como segunda lengua y de que quienes tienen como oficial el francés aprendan el inglés como segunda, pero éste es un buen deseo difícil de realizar en países donde aún el idioma oficial no puede difundirse con efectividad y donde —más que en otras partes— se sufre una crucifixión dolorosa entre la busca de una relación internacional que salve del parroquialismo y la fidelidad a las propias tradiciones (con inclusión de las lenguas vernáculas) que salve del desarraigo.

En el dominio de la comunicación técnico-científica, África subsahariana depende totalmente de las grandes lenguas como el inglés y el francés o —en algunas partes— el alemán, el italiano, el portugués, el español, sin que parezca factible, para el cercano futuro el que haya un país subsahariano capaz de elevar a la condición de oficial uno de sus idiomas vernáculos y de constituir en él el vocabulario técnico indispensable para las necesidades de hoy.

En Latinoamérica (y no hablamos de América pues Canadá y Estados Unidos tienen situaciones muy semejantes a las europeas) hay una amplia comunicación interna asegurada por el castellano, puesto que en países en los que se hablan otras lenguas hay un extendido bilingüismo, y aun en aquellos en las que hay indígenas, éstos no constituyen la mayoría de la población y aun entre ellos, la proporción de los monolingües en el total no es mayoría). El cas-

tellano sigue siendo, además, un idioma internacional, reconocido como tal incluso por las organizaciones internacionales y que —aunque en menor proporción que el inglés y el francés— se sigue utilizando en muchas reuniones científicas y técnicas internacionales, ya como idioma oficial o ya como lengua de trabajo. El problema principal de la zona consiste, en este sentido, en que es poco, relativamente, lo que se publica en español en materia científica o tecnológica. El número creciente de traducciones oportunas y adecuadas tiende a aminorar este problema, pero se sigue planteando la necesidad de que los países hispanoparlantes publiquen *oportuna-mente* los resultados de sus estudios e investigaciones, si la comunidad hispanoparlante ha de ocupar el sitio que merece en el mundo académico, y Latinoamérica ha de tener, como Europa, Estados Unidos, Canadá... plena capacidad de comunicación interna, internacional y científico-técnica.

En el marco proporcionado por la situación sociolingüística de México —un país latinoamericano en el mundo— el problema de las lenguas indígenas y de sus hablantes se plantea, sobre todo, como problema de justicia social; de dotación que se haga, en beneficio del indígena, de un medio de comunicación interna, y de respeto a los medios expresivos de los que dispone.

Me parece que se puede sostener la tesis de que es posible y deseable la difusión del castellano para lograr la comunicabilidad interna de todos los mexicanos, y para abrir a los habitantes de México vías hacia una amplia comunicación internacional con el resto de los hispanoparlantes. Pero, también creo que esta posibilidad y este *desideratum* no contrarían el deseo, e incluso la obligación de permitir y aun de estimular el cultivo de las lenguas indígenas; ellas preservan las posibilidades de expresión de muchos mexicanos, pueden contribuir a matizar la producción literaria de los mexicanos hispanoparlantes y puede propiciar, en quienes las usan como nativas, la adquisición del propio castellano ya que, como han demostrado la sicología y la pedagogía, una vez que el hombre adquiere una capacidad general (la de hablar, la de escribir, la de leer, la de entender un idioma) tiene mayor facilidad para desarrollar esa capacidad en nuevas modalidades. En cambio, si esa capacidad se bloquea en una de sus manifestaciones (si se obstruye el uso de su propia lengua indígena) se dificulta, con ello, la adquisición de cualquier otra lengua (más aún, si ésta le ha sido impuesta) y, con eso, se invalida a ese ser humano, frustrándolo en general al impedir la manifestación general y no únicamente particular de sus capacidades.

Si —en cuanto llegue el momento— hemos de planear con prudencia, con sagacidad, la política lingüística de México, deberemos tratar de entender, desde ahora, con cierta ecuanimidad, cuáles son las ventajas y cuáles los inconvenientes que presenta nuestra situación sociolingüística en relación con la de otros países, de éste y de otros continentes, y cuáles las situaciones de injusticia o justicia que implica en relación con los diferentes grupos que habitan en nuestro país.

O sea, en suma, que estas páginas son, más que nada, un alegato en pro del estudio detallado, evaluativo y ecuánime, de nuestra situación sociolingüística total y, más particularmente, de la ubicación que en ella tienen los indígenas mexicanos.